

Martirologio Romano: En Roma, conmemoración de santa Anastasia, mártir de Sirmio, en Panonia (s. III/IV).



APROXIMACIÓN HISTÓRICA

A Santa Anastasia se le rindió culto en Roma desde fines del siglo quinto, cuando se inscribió su nombre en el canon de la misa, pero según los datos ciertos que se tienen, nunca tuvo nada que ver con esa ciudad. Su culto se originó en Sirmium, en Panonia, donde tal vez fue martirizada durante la persecución de Diocleciano, aunque no han llegado hasta nosotros detalles ciertos de su vida y de su muerte. Mientras San Genadio fue patriarca de Constantinopla, durante la segunda mitad del siglo quinto, las reliquias de Santa Anastasia fueron trasladadas de Sirmium a Constantinopla y ahí se rindió considerable culto a la santa. El aspecto histórico litúrgico más interesante de Santa Anastasia es la distinción de que se la conmemore en la segunda misa del día de Navidad.

En Roma, al pie de la colina del Palatino y cerca del Circo máximo, había una iglesia del *titulus Anastasiae*. Había sido construida en el siglo cuarto, se la llamaba de Santa Anastasia y tuvo considerable importancia, puesto que en esa iglesia cantaba el Papa la segunda misa del día de Navidad. Durante el siglo sexto y todavía después, aquella misa era propia de Santa Anastasia. La extraordinaria importancia litúrgica que se dio a aquella mártir, debida

a las condiciones imperantes en Roma en los siglos quinto y sexto, ha quedado reducida a una simple conmemoración en la Misa de la Aurora. No existe, al parecer, ninguna tradición en la que se mencione que Santa Anastasia haya sido martirizada un 25 de diciembre. En la actualidad, los griegos celebran su fiesta el día 22, la veneran como una megalomártir y como abogada y remediadora de los que sufren los efectos de algún veneno.

La *Passio* de Santa Anastasia relata que era la hija de un noble romano llamado Pretextato y que tuvo a San Crisógono como consejero y director. Anastasia se casó con el pagano Publio y, durante la persecución de Diocleciano, atendió a los confesores de la fe que se hallaban en prisión, hasta que su marido le prohibió que saliese de casa. Anastasia mantenía correspondencia con San Crisógono, quien se hallaba en Aquilea y, cuando Publio murió, en el curso de un viaje a Persia, su viuda se apresuró a trasladarse a Aquilea para socorrer a los cristianos de aquella ciudad. Después del martirio de Santa Agape, Cionía e Irene, también Anastasia fue detenida y trasladada a Sirmium para comparecer ante el prefecto del Ilírico. Mientras estuvo en la prisión, se le apareció con frecuencia Santa Teódota para consolarla y alimentarla. Después fue embarcada en un navío, junto con otro cristiano y con numerosos criminales y delincuentes paganos, y abandonada a la deriva en alta mar. Pero de nuevo apareció Santa Teódota que condujo la nave a la costa sin contratiempos, de suerte que todos los paganos se convirtieron.

Anastasia fue capturada de nuevo y se la envió a la isla de Palmira, donde se le dio muerte en la hoguera, después de haberla atado, boca arriba, en el suelo, a cuatro estacas. Al mismo tiempo, otros doscientos hombres y setenta mujeres fueron martirizados también. (*Fuente, catholic.net*)

La Iglesia crece mediante el amor de los mártires (Pablo VI)

¡Nuestro tiempo tiene necesidad de santos! Y sobre todo tiene necesidad del ejemplo de quienes han dado la prueba suprema de amor a Cristo y a su Iglesia; «nadie tiene un amor mayor que el dar la vida por sus amigos». Estas palabras del Divino Maestro, que ante todo se refieren al sacrificio que El mismo ofreció en la cruz entregándose por la salvación de todos los hombres, son también válidas tratándose de la innumerable y esclarecida legión de mártires de todas las épocas, tanto de los que perecieron víctimas de las persecuciones contra la primitiva Iglesia, como de los que, en tiempos más recientes, han muerto víctimas de otras persecuciones quizá más disimuladas pero no menos feroces.

La Iglesia -es verdad- nació del sacrificio de Cristo en la cruz, pero continúa creciendo y desarrollándose mediante el amor heroico de que es prueba la muerte de los más generosos de sus hijos: «La sangre de los mártires es simiente

de cristianos». Por tanto, la oblación con que los mártires se dejan quitar la vida se convierte -como el derramamiento mismo de la sangre de Cristo, y por la unión con el sacrificio de Éste- en fuente de vida y de fecundidad espiritual en bien de la Iglesia y de todo el mundo. Esta es la razón por la que muy bien nos advirtió la Constitución *Lumen Gentium*: «El martirio, con el que el discípulo llega a hacerse semejante al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, asemejándose a Él en el derramamiento de su sangre, es considerado por la Iglesia como el supremo don y la prueba mayor de caridad» (n. 42).

Lo más característico y lo más profundamente arraigado en la persona humana es su capacidad de amar, capacidad sin fondo, que le habilita para entregarse con un amor más fuerte que la misma muerte, el cual se prolonga en la eternidad. (*De la Homilía del 25 de octubre de 1970*)